

SE VA A CORTAR LA COLETA

# CHICUELO SE RETIRA ESTE AÑO

## Toreará seis corridas, pero aun no sabe dónde.



Manuel Jiménez, Chicuelo, pasea por las calles sevillanas junto a su hijo



Con la Giralda al fondo, Chicuelo y su primogénito (Fotos Arenas)

SE ha extendido por toda España la noticia de que Chicuelo se retirará este año. Pocas noticias, ciertamente, pueden surgir en el actual momento taurino con mayores dimensiones que ésta. La ida del famoso torero sevillano supone el fin de una zona, la frontera de un tiempo, algo íntimamente sólido y fuerte que se deshace y pasa a la sombra, donde —como dijera el poeta— habita el recuerdo. ¿Se retira Chicuelo? ¿Se nos va ese alegre, brillantísimo, toreo que se abrió hace casi treinta años, cuajado de aroma, esbelto de gracia, sobre el mundo de la fiesta? ¿Qué va a ser de las arenas doradas de los ruedos sin la airosa y grácil figurilla de Manolo Jiménez, el mago del ritmo inimitable?

Estamos ante Chicuelo, de quien hay siempre tanto y tan bueno que decir, que nunca se encuentra la punta del hilo en esta maciza madeja de su vida torera. Manolo, aquel chavalillo a quien Belmonte hiciera, con dieciséis años de vida, matador de toros en el albero de la Maestranza, hace ya veintiséis años que nos envuelve y escapa en su fina sencillez. Chicuelo tiene la sencilla actitud, biennacida y noble, de los hombres que poseen un lugar ganado por su propia y profunda verdad. Su arte —su bello arte, musical, concentrado de oles y de escultura, señor de sí mismo, sólo por derecho propio, en la historia del toreo— resplandece en esta madurez de su vida, en que se habla de su alejamiento y retirada. Y con esa sencillez nos sonríe cuando le preguntamos qué hay de esta retirada. No le gusta hablar de sí mismo.

—No sé aún lo que haré. Cuando se lleva tantos años dentro del toreo, cuesta mucho hacerse a la idea de no vestir más el traje de lucés. Creo que este año, a pesar de mis vacilaciones, va a ser el último. Y, desde luego, torearé poco; quizá cinco o seis corridas. Estoy ahora de ejercicio en el campo. Me preparo. Hace casi dos años que no toreo, y hay que volver a estar en condiciones convenientes. Torearé en las Plazas más significativas. Aunque en esto no ha de ser sólo la significación multitudinaria la que influya, sino la de su expresión taurina. Y en esto es en lo que aun no tengo nada hecho de un modo concreto. Pero, ya le digo, ¡cuesta tanto dejarlo todo!

Manolo Chicuelo siente —aunque, en su sencillez, lo oculta— una densa melancolía cuando nos habla. Nos acompaña su hijo Manolo, novillero ya, a quien la impaciencia de torear se le sale por los ojos. Diecisiete años tiene, como el padre cuando recibió de Belmonte muleta y espada de doctor.

—Tiene que hacerse más. Los públicos juzgan con más velocidad y más rigor a los que ya llevan un nombre a la Plaza. Y el toreo ahora va muy de prisa. Hay que salir completamente hecho, madurado, con reposo.

Llegamos al patio sevillano de los naranjos. Chicuelo nos confiesa con infantil ingenuidad que nunca ha subido a la Giralda.

—Me gusta verla así, camino del cielo...

En la Fuente se reflejan los botareles de la Catedral y el balconaje frío de la torre más bonita del mundo. Manolo abre camino al recuerdo, y nos habla de su primer capotillo de paseo de aquel inolvidable momento de inspiración en que le salió de la sangre y de los ojos el quite de la *chicuelina*, la flor del toreo de capa. Hablamos de Méjico, y Manolo dice con sigilo, como huyéndole a la confesión:

—Tengo allí muy buenos amigos. Tuve mucha suerte. El ambiente de Méjico es como el nuestro: apasionado, muy taurino, de constantes discusiones sobre el toreo.

¿Cuántas alternativas ha dado Chicuelo? ¿Quién lo sabe! Facultades, Armillita, Rayito, Gallardo...; figuras y figuras cruzan por su imaginación bajo esta azul mañana de Sevilla, que ahora cae, como una transustanciación de la gloria de Dios, sobre la paz de las casas y los hombres. Esta luz redonda y azul, resplandeciente del invierno, como un mensaje de que va a llegar el tiempo en que otra vez se citen, sobre la arena de oro de los ruedos, la esbeltez del toreo y las astas agrestes y finas de los toros...

El proyecto de retirarse no está aún redondeado. Hay un viejo deseo en el corazón del torero de la Alameda: América. ¿Quién sabe si otro viaje por América?... Lo cierto, por encima de todo, es que se va, y que este año va a ser el que cierre, con remate de oro, con capitel de lancos que se irán con él y que nadie volverá a orquestarlos como él lo ha hecho, el ciclo taurino de este mágico, sensibilísimo, diestro de la escuela sevillana.

A través de la ciudad, llegamos a la Alameda de Hércules. Dos columnas romanas —los rasgos cesáreos, imperiales y poderosos— nos dicen simbólicamente que todo lo que nace aquí, en esta Alameda —“la Alamea”, como la cantan y glorifican las coplas y los versos—, es perdurable y no se enturbia ni concluye. Así, el arte de Chicuelo —¿cuándo volverá a torear de capa con igual repajolera alegría, Dios santo!—, suma de todo lo decorativo, de todo lo afiligranado, alreccillo de sierra, brisa del Guadalquivir, temblor de bandera al mediodía, copla, tacoteo, duendecillo de guitarra, retablo, y, en suma, la magia profunda del toreo más sevillano de todos los tiempos; así, el arte de Chicuelo —os decía— permanecerá siempre.

PACO MONTERO



Unos gestos de Chicuelo durante su charla para EL RUEDO.

## LUCIANO COBALEDA

ha entregado sus poderes al aficionado don José Illana, que le representará en todos los asuntos taurinos durante la presente temporada